

Precio 15 céntimos



Lit. Miralles - Union 17

GALERÍA ARTÍSTICA



LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



El gran Califa de *Cordóba la sultana*, como cantan en la olvidada y cómica zarzuela *Los dos ciegos*, es el que tiene el privilegio esta semana para llenar parte de esta Crónica.

Lagartijo es un verdadero héroe y la leyenda, pasados un par de siglos, se ocupará en sus proezas mejor que en las hazañas de Martínez Campos ó del general Pavía de *Albur y Querque*.

Lagartijo, como Cortés, ha puesto fuego á sus naves.

Donde se dice naves, léase toros, y el símil resulta.

Rafael era ganadero y procuraba criar á sus pechos, como quien dice, unos magníficos bichos. Buena estampa, finos y bien armados, parecía que se iban á comer el redondel.

Luego resultaron bueyes, como han resultado niños góticos los jóvenes de la mayoría.

En la plaza de Madrid se lidiaron por última vez los toros de Rafael, y el maestro, nuevo Abraham, sacrificó á sus propios hijos y clavó banderillas de fuego con todo el arte que él se lleva, á los bureles que tanta *inonimia* le causaban.

Esto le valió una ovación soberbia de los aficionados madrileños que estuvieron, como están siempre, á la altura de tan inmenso sacrificio.

Pero no paró aquí la cosa.

Lagartijo hizo en *El Liberal*, llevándole la mano el travieso Sobaquillo, una revista de sus propios toros, y no escatimó en ella el vilipendio que le merecían.

¡Salud, héroe! Esta magnanimidad no la tuvo más que Guzman el Bueno. Pero si el héroe de Tarifa arrojó por la muralla el puñal que debía cortar el hilo de la existencia de su querido hijo, hizolo por salvar un pedazo de patria. Tú has hecho más; tú, al cojer los palitros incendiarios, has sacrificado tu bolsillo, cosa que, según los pensadores de ahora, se halla por encima de todos los demás sentimientos.

¡Has arrojado por el balcón toda tu ganadería!

¿Quién se te puede poner al lado en el actual momento histórico?

Pero hay más todavía ¡y todo en menos de una semana!

Lagartijo ha recibido la alternativa de pelotari.

En el frontón de *Fiesta Alegre* el maestro é Irun han jugado un partido de pelota contra Portal y el Ostión

Lagartijo era la primera vez que jugaba y no lo hizo mal para la edad que tiene (tres siglos y medio próximamente).

Sin embargo, él é Irun perdieron la partida por dos tantos.

Pero lo que debe pasar á la historia es que Lagartijo no quiso ponerse alpargatas ni boina, que jugó con sombrero pavelo y botinas.

Este es el detalle más típico que hacen resaltar los cronistas.

He sido y soy entusiasta del maestro, pero, con franqueza, me parece que comienza á irse un poco de la mollera.

Ni él está para escribir en papeles ni para ponerse á sacar pelotas como un muchacho.

Yo que censuro que Mazzantini y Badila se me vayan por esos teatros á hacer el oso ¿no he de censurar que el Califa ¡á su edad! se me meta á escritor y pelotari?

El que quiere saber de todo, por lo general no sabe de nada.

Pero ¡ya se ve el mal ejemplo.

En este desgraciado país todos quieren ser Cánovas, es decir, todos quieren tener cien oficios.

**

Colisiones.

Después de las habidas entre huelguistas y polizontes en los pueblos del llano de Barcelona, hemos de registrar las siguientes:

En Almería sostuvieron una pendencia varios municipales y entre ellos se administraron la mar de lapos. Resultó un herido grave.

He ahí una cosa porque no les ha dado todavía á los polizontes de Barcelona, y es una lástima.

En Priego ha ocurrido un combate entre parte del vecindario y los empleados de consumos. Naturalmente que los primeros querían entrar matute y los segundos ¡infames! se lo impidieron. Han resultado heridos de un lado y otro. Entendámonos, no heridos de los dos costados, sino heridos de los dos cuerpos beligerantes.

Yo no concibo el odio popular contra los pobres empleados de consumos, honrados padres de familia generalmente, que por mantenerla se sacrifican á ganar ocho ó diez miserables reales diarios sufriendo el anatema general.

Es una de tantas injusticias populares.

Eso viene á ser como estigmatizar á los maderos del cadalso y no preocuparse para nada del verdugo que le dirige.

Si á alguien deben odiar los pueblos en esta cuestión, debe ser á los Ayuntamientos y al Gobierno ¡pero á esos desgraciados empleados!...

Yo, como me revuelvo siempre contra lo que creo injusto, tiemblo, cuando se promueve algún motin, por esos desgraciados, expuestos á ser arrastrados, mientras los contratistas, banqueros, prestamistas y tantos otros, pueden pasear tranquilamente y sin temor alguno por entre la turba de amotinados.

Pero así es el mundo y yo no le voy á corregir con mis monomanías.

Pero hora es ya de que los hombres de buena voluntad defendamos á los humildes, á los pequeños.

Otro combate. Este tuvo lugar en el Penal de San Agustín, de Valencia. Los presos se amotinaron, arrinconaron á los llaveros y demás jefes, y ya iban á tomar el tole, cuando se presentó el general Salcedo y, con un revolver, tiro va, tiro viene, arregló el cotarro.

El Gobierno debe premiar al general Salcedo, por-

que menos ha hecho Martínez Campos y es capitán general, gran cruz y presidente del Senado con seis mil duros, coche, azucarillos y copitas.

Y sigamos relatando batallas.

En el término de Valmayor (Victoria) ha habido entre los vecinos un furioso combate del cual resultó un muerto y varios heridos.

Nada, es la primavera que ha calentado la sangre de todo el mundo.

Pero de seguir así vamos á convertir la España en un campo de *agramanes*, como decía un hortera.

¡Dios no lo permita!

Concluyamos esta crónica de cualquier manera, porque están aguardando en la imprenta original.

Y ya que no podemos hacer un chiste completo como *mot de la fin*, hagamos un conato de chiste.

Le decían á un hombre que tenía los pies por arrobas.

—Si usted fuera á Cuba le arrastraban por los pies y por los pies.

—Albarda sobre albarda.

—No, señor; le arrastraban á usted agarrándole por los pies á causa de los pies, es decir, por los pies. Aquí sabemos lo que decimos.

ELIDAN.

¡GLORIA AL TRABAJO!

Detrás de una larga siesta dicen que al mundo miró y que el trabajo inventó Dios en un día de fiesta.

Oyó al hombre bostezar, de aburrimiento, de fijo, y el Eterno Padre dijo: «¡Yo te daré que rascar!»

Echó en la fragua carbón, le dió al fuelle, ardió el hornillo, y fundió un yunque, un martillo, dos palas y un azadón.

Mil herramientas al vuelo forjó el Todopoderoso, y las echó cariñoso desde la gloria hasta el suelo.

Lijero como un flechazo aquel regalo cayó, y hubo hombre que se quedó sin nariz de un martillazo.

Oyóse una carcajada allá en la mansión divina. La broma era peregrina, pero un poquito pesada.

«El trabajo es la alegría,» dijo el hombre.— ¡No hay temor! ¡Ea! á regar con sudor, nuestro pan de cada día.

¡El más torpe y el más ducho á echar el pulmón de cuajo!... ¡Es muy hermoso el trabajo!... ¡Pero muy hermoso...! ¡Mucho!

La tierra, la dulce amiga del hombre, su fruto encierra y hay que desgarrar la tierra para que brote la espiga.

Y hay que regarlo después y echar en el surco el grano para luego en el verano segar de raíz la miés.

¡Qué hermosa la rubia alfombra!

¡Qué *descansado* el arar,

y que *friscura* el segar

en Agosto, allí... á la sombra!

¡El sudor que el rostro anega!

¡Y aquel sol que deja ciego...!

¿Qué sería del gallego si no fuera por la siega?

Ellos pasan sus apuros

pero bien meten la uña.—

¡Se vuelven á la Coruña

á pié con catorce duros!

Y echan el quilo á destajo

bajo el sol canicular...

¡Qué hermoso es el trabajar...!

¡Bendito sea el trabajo!

¿Pues y el feliz carpintero

que sierra alegre y sin queja

y el mejor día se deja

una mano en un nadero?...

¿Pues y el dichoso albañil

que trabaja hora tras hora

y se levanta á la aurora

en Diciembre y en Abril?...

Que al andamio sube en calma

y el sol de cara recibe

y por dos pesetas vive

expuesto á romperse el alma?...

¡Qué bien premian sus desvelos!

¡Qué dulce es ver en su afán

que no tiene para el pan

de sus pobres pequeñuelo!

¿Y el que por todo favor

solo acertó á conseguir

una vara de medir

y detrás del mostrador,

sin que á cosa alguna atienda

sinó al trabajo constante,

ve que no gana bastante

para el ministro de Hacienda,

y víctima siempre en todo

va caminando á su ruina?...

¡Es una cosa divina

el trabajar de ese modo!

¡Eso sí que es divertido...!

¡Trabajar y trabajar!...

lo que es lo de pasear

en coche es muy aburrido.

Y el mantener tres ó cuatro

queridas con mil adornos,

y lo de comer en Fornos

y el ir de noche al teatro.

Eso es cosa que da horror,

y el tener oro que sobre,

y qué dicha es el ser pobre,

¡Ser pobre y trabajador!

¿Pues y el que en vez de una azada

logró una pluma alcanzar

y se tiene que ganar

la existencia afortunada?...

Escribir siempre afanoso

sin salir de la pobreza...

¡El trabajar *de cabeza*,

eso sí que es delicioso!

¡El trabajo es vida y ser

de este mundo bendecido...!

¡Yo trabajando, me olvido

muchas veces de comer!

Soñar dorados portentos,

y al acabar la ficción

morir de una indigestión

LA SAETA

EN EL CAMPO



La última materia.



La primera materia.

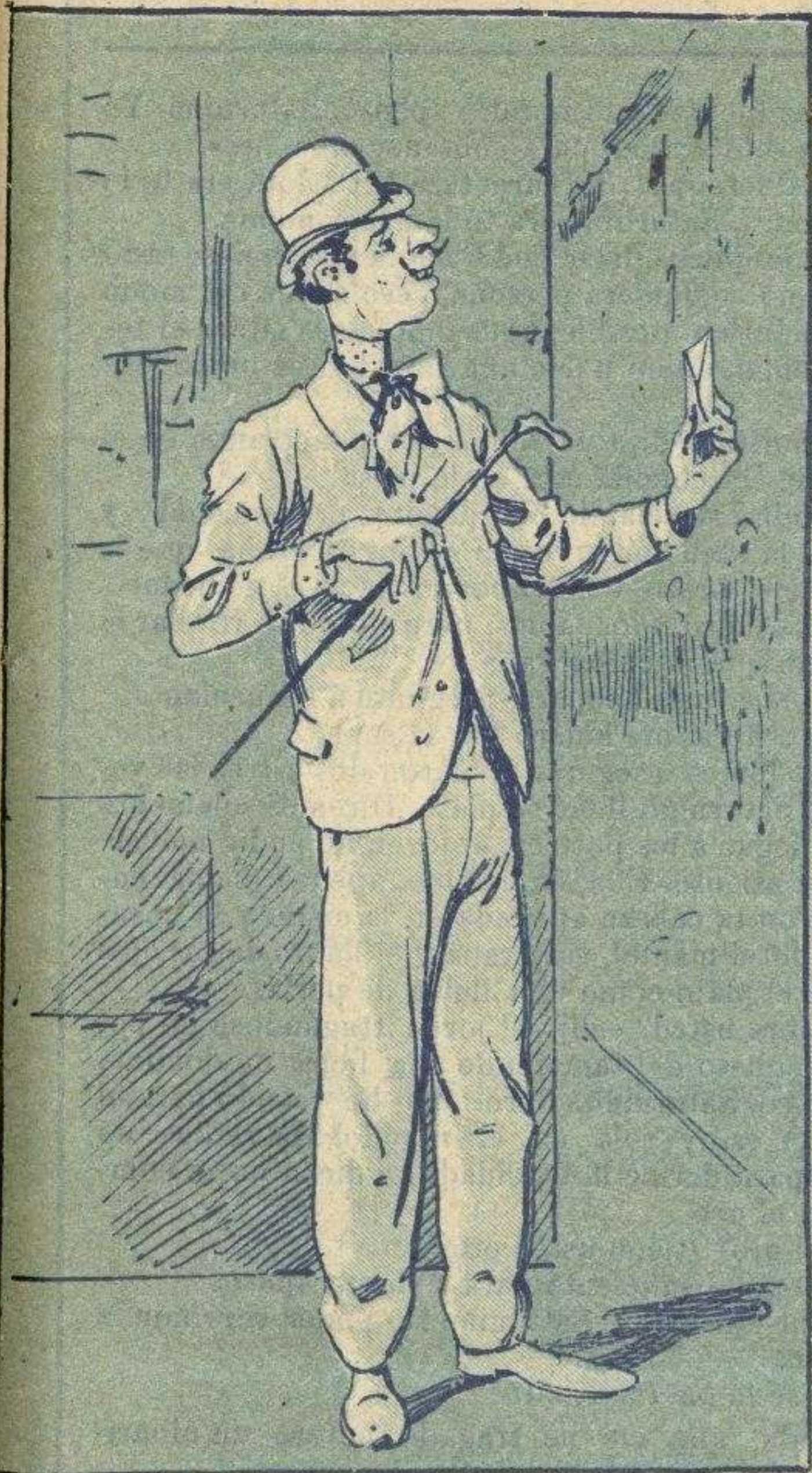


La providencia del caminante.



Hoda de las montañas.

¿POR QUÉ ESTÁN VDS. EN LAS ESQUINAS?



Para hacerse guiños con ella y que se rían los que pasan



Pa ná



Por mor del comercio.



Esperando una pesetilla.



Citado con un reloj.



Porque el vino no le permitió pasar de aquí.

de ideas y pensamientos.
¡Gloria al Señor que nos trajo
distracción tan singular...!
¡Qué hermoso es el trabajar!...
¡Bendito sea el trabajo!

JOSÉ JACKSON VEYAN

EL REGALO DE SATURNINO

Para Carlota no habían trascurrido los años, que á otra mujer cualquiera le hubiesen pesado como losas de plomo.

Se creía bella, elegante, joven y seductora.

Cuando veía á Saturnino suspiraba melancólicamente y soñaba con la dicha de ser conducida por él al pié del ara.

Pero Saturnino era un joven de piedra-pomez, para quien los suspiros de amor no tenían valor en el mercado. Saturnino prefería á todas las insinuaciones, más ó menos amorosas, una buena cazuela de arroz con pollos, y cifraba su dicha en que Carlota le convidase á comer de vez en cuando.

Carlota era romántica como una poetisa mal alimentada. Creía ver en Saturnino á su Trovador gentil, adjudicándose ella el papel de Leonor; y aunque Saturnino no había desplegado los labios, como no fuera para expresar su afición á los comestibles, ella en su dulce optimismo, le suponía enamorado hasta la médula.

Dos años transcurrieron. Carlota contaba 42. Saturnino 26.

Eran vecinos; él habitaba un tercer piso, cuyas ventanas daban frente por frente de las de Carlota.

El joven se pasaba las horas muertas de bruces en su ventana. Diríase que el corazón se le quería salir por los ojos, pero nosotros sabemos que pensaba en su precaria situación y que miraba á Carlota como si quisiera decirle:

—¡Dios mío! ¿tendrá cuartos esta mujer?

Una tarde, Carlota escribió al joven la siguiente carta:

—«Amigo mío: Soy sensible como el ave á quien arrebató su nido la mano alevosa del desalmado hortelano. Estoy sola, sola en el mundo. Necesito los consuelos de la amistad. Venga usted con frecuencia á comer aquí.»

Saturnino, al leer la carta, dió un salto de júbilo.

—¡Comer!—dijo; y se puso el sombrero al revés y en vez de meterse el gaban por los brazos, introdujo los pies por las mangas.

Después bajó las escaleras de cuatro en cuatro y se trasladó como un cohete á casa de Carlota.

Ella le esperaba envuelta en un vestido blanco y las trenzas caídas á lo largo de la espalda.

Estamos autorizados para declarar que aquellas trenzas no eran suyas.

—Señorita,—le dijo Saturnino—he recibido su carta y vengo...

—¿A derramar en mi corazón el bálsamo de la amistad? Gracias, gracias.

—No, señora—contestó él—vengo á comer.

—¿Quién piensa en eso cuando el alma sufre? Mire usted, Saturnino; yo soy como el ave...

—Sí, ya me lo ha dicho usted.

—Necesito un sér que me corresponda. ¡Cuán infortunada soy!

—¿Por qué? ¿Se le ha pegado á usted la sopa?

—Yo desde chiquita, tengo pensamientos delicados. No había nada que me sedujese tanto como oír el murmullo de las fuentes.

—¿Las fuentes murmuran?—pensó Saturnino. Yo creí que solo servían para contener alimentos.

¡Qué diferencia de caracteres! Carlota era todo sentimiento. Saturnino era todo gastronomía.

Esto no quiere decir que Carlota no comiese también como cualquiera persona, pero comía del modo más romántico posible; aplicando á sus labios el tenedor, como quien huele una rosa ó besa un relicario.

—Señorita,—dijo la doméstica penetrando en el gabinete—la comida está en la mesa.

Saturnino se relamió con deleite preconcebido y sin fijar la atención en que Carlota esperaba que le ofreciese el brazo, echó á correr hacia el comedor.

Ella se mordió los labios; pero no quiso revelar el despecho que la embargaba.

—¿Quiere usted sopa?—preguntó á Saturnino.

—Sí, señora: me muero por la sopa.

No podemos asegurar si fueron dos ó tres las veces que Saturnino llenó su plato. Diremos solamente que al llegar á los postres, el joven no podía moverse de su asiento. Ella, en cambio, apenas había comido. Con la cabeza apoyada en la mano y la mirada fija en el mantel, suspiraba y el llanto de sus ojos caía en el plato como una lluvia de perlas.

—¿Llora usted?—dijo el joven tragándose un pedazo de queso del tamaño de una ficha de dominó.

—Lloro, Saturnino, lloro. Yo he nacido para el hogar. ¡Y estoy sola en el mundo! Mis rentas no bastan para darme la felicidad. La dicha no se compra con el oro.

—¿El oro? ¿tiene usted oro?

—Tengo el suficiente para vivir sin apuros.

—¡Ah!—exclamó Saturnino sin poder reprimir la emoción.

—¿Qué le pasa á usted?

—Nada; que me he tragado entero un albaricoque.

No era un albaricoque lo que se había tragado Saturnino; era una píldora.

Había creído entender que Carlota solicitaba su blanca mano y estaba dispuesto á casarse con ella á toda prisa. ¡Tenía oro! Hé aquí la frase mágica que había quedado impresa en la mente del joven.

Desde aquel momento dirigió sus tiros amorosos al corazón de Carlota. ¿Pero cómo halagarla? El no era poeta, ni sabía hablar como las personas cultas que ejercen de seres superiores. El llamaba á las cosas por su nombre y no había podido decir nunca *Sombrero apuntado*, sin que por torpeza cambiase las sílabas hasta el punto de decir *Puntero asombrado*; él, en fin, era un joven de pocos alcances retóricos. Carlota, por el contrario, detestaba lo vulgar y buscaba en el cielo de la poesía las frases más elevadas y los conceptos más superfinos.

Odiaba el trabajo manual y las ordinarietas de la vida; por su gusto se vestiría con gajas... ¿Coser? ¡Qué vulgaridad!... ¡Antes la muerte!

Pero Saturnino carecía de recursos y se decidió á jugar el todo por el todo.

Una tarde, mientras Carlota leía una oda compuesta por una amiga suya que estaba casada con un veterinario, el joven se arrojó á los pies de Carlota y sacó una navaja del bolsillo.

Ella dió un grito de horror.

—¿Qué va usted á hacer, insensato?—dijo poniéndose en pié.

—Voy á quitarme la vida si no consigo tu amor, ¡oh Carlota de mis entrañas!—contestó Saturnino que había estudiado su papel á las mil maravillas.

—Pues bien,—dijo ella—yo te amo.

Efectivamente, Carlota y Saturnino se amaron desde aquel momento. Algunos días despues ambos conferenciaron acerca de su próximo enlace.

—Estoy pensando en mi regalo de boda—le decía él;— ya verás como va á ser cosa de gusto.

—¡Cuánto me amas, Saturnino!

El joven salió aquel día dispuesto á echar la casa por la ventana: pero eran tan escasos sus recursos, que despues de preguntar en un Bazar los precios de varios artículos, optó por adquirir un objeto de un valor que estaba en relación con su bolsillo.

Carlota le esperaba con impaciencia.

—¿Qué me traes?—le preguntó al verle.

—Traigo una caja, cuyo contenido te va á agradar sobremanera, adorada Carlota.

Ella se apresuró á coger de manos de su amante el regalo de boda.

—¿Es un medallón con tu retrato?—preguntó—

¿Es acaso una guirnalda de azahar, emblema de mi pureza?... ¿Un ramo de perlas?

—No,—respondió él entregándole el regalo.—Es una caja conteniendo diez ovillos de algodón crochet.

Carlota no pudo contener un grito de indignación y arrojó á Saturnino por las escaleras.

LUIS TABOADA

GATO POR LIEBRE

(CUENTO).

Pero no pensaba en nada,
en nada pensaba Pedro;
pensar menos, imposible,
no se puede pensar menos.

Se encontraba en este estado
de estúpido abatimiento
en que se nos encuentra á veces
entre dormido y despierto.

Por fin se animó y pensó;
y su primer pensamiento
fué tomar una pistola
que preparó discurriendo:

«Si cuando menos se piensa
salta la liebre, sospecho
que, pues, yo nada he pensado
no deberá hallarse lejos.»

En efecto, de repente
saltó un gato, y en efecto,
juzgóle liebre Perico
y pum... le estampó los sesos.

Al estruendo salió gente,
armándose gran estruendo
porque pedían al vivo
indemnización del muerto.

Hubo razones de á folio,
y en rústica, á lo que entiendo,
con mala pasta querían
descuadernarle los huesos.

Más él que era todo un gato
finjió no sé qué pretexto
y más listo que una liebre
tomó las de Villadiego.

Esto pasó en una fonda,
cuyo chasqueado dueño
dió parte de lo ocurrido
á todos los de su gremio.

Y añadió como *posdata*
para mejor cumplimiento,
que al que cobrase la cuenta
le regalaba el dinero.

Desde entonces los fondistas
están en continuo acecho;
mas como ignoran el nombre
y las señas del sujeto,

sucede que, temerosos
de cometer algún yerro,
á todo el mundo le cobran
la liebre que mató Pedro.

Nada más el cuento dice,
y pues no lo dice el cuento,
¡vaya usted á averiguar
lo que fué del gato muerto!

U. SEGARRA BALMASEDA.

VIAJE AL POLO

En alguna otra ocasión creo que he hablado del tío Juanuco, famoso marino montañés que era la delicia de todos los muchachos que íbamos al Instituto de Santander.

Un día que habíamos *corrido* la clase de Geografía, nos lo encontramos en el Sardinero, tumbado en la playa, viendo como se estrellaban las olas.

Así que le vimos le rodeamos con solicitud diciéndole que nos contase algo.

Después de hacerse de rogar sacó papel y tabaco, lió un cigarro, lo encendió y dijo:

—¿Quereis que vos cuente el viaje que hice una vez al Polo?

Naturalmente, todos dijimos que sí.

—Pus, señor, lleguemos á Estocolmo en la fregata *Centella*, que vos digo, que cortaba los mares. Mandaba el barco el capitán D. Folgencio Pinza, á quien llamábamos nosotros el capitán Carena, porque, efeto de los dolores que sufría, siempre se estaba poniendo cataplasmas de linaza en el estómago.

Ibamos á cargar bacalao, como hicimos, y dempués mus dimos á la vela hasta llegar á Christiansund donde cargamos unos tablones y tomaron pasaje dos ingleses, marido y mujer. El creo que era loro y era mu rico.

El capitán Carena se hizo otra vez á la mar, y al tercer día de navegación comenzó una tormenta, hijucos míos, que no había más que ver. Vientos por aquí, nubes por allá, granizo por acullá... ¡Y dempués unas olas! ¡Madre mía del Cármen!

—¿Qué te paece esto, Juanuco? —me dijo el capitán Carena.

—Que está malo, mu malo. Yo picaría el palo mayor.

—Ahora mismo mismamente pensaba yo lo mismo.

Picamos el palo mayor ¡y ná! Picamos los otros ¡y ná! El barco dando tumbos, y arrempujados por el viento y las corrientes mus encaminábamos hácia el Polo.

El inglés, que se llamaba el señor Dik, y su mujer estaban como estupefautos mirando la catastrophe. Se agarraban á tó, ¡hasta al gallinero! Una vez les tuvimos que coger por las patas porque se los llevaba un golpe de mar.

El barco desarbolado corría como una centella, como lo que era, alante, alante y siempre alante.

—Ya veo los primeros hielos,— me dijo el capitán.

Yo escomencé á temblar y á dar diente con diente. Toda la tripulación estaba con unos ojos así, como platos, viendo los hielos. ¡Si vierais lo que son los hielos!

—¿Qué son, tío Juanuco?— le preguntó uno de nosotros.



María Tubau

—Son unas montañas mu grandes que paecen de cristal; pero cá, son más frías que los sorbetes. Las tocais y ¡zas! enseguida sentís como si sus quemasen las manos.

—Entonces no son frías.

—Son frías y son calientes; en fin, que son hielos... Pues como vos iba diciendo, amigucos míos, el barco comenzó á andar entre hielos y á subir, á subir hasta el Polo. Cuando ya estaba casi tocándole ¡pum! vienen más hielos y aprisionan la *Centella* y allí quedamos embarrancados.

—Aquí invernaremos —dijo el capitán.— Con que á prepararse. Saltemos á tierra, y construyamos una casa con los tablones del cargamento.

—Usted dispense, tío Juanuco —le interrumpí yo— el capitán le diría «saltemos á hielo», no «saltemos á tierra», porque allí no había.

—Pus mira, tienes razón y yo no había caído en esta circunstancia. Como sus decía, saltemos á tierra ú á hielo ú como queráis y allí hicimos una casa. Toda la tripulación se reunió. Desembarcamos los víveres y el bacalao del cargamento. Los tablones nos sirvieron para hacer fuego sin salir afuera, porque á un marinero que salió se le cayó de frío la nariz, y un ojo, y todo el pelo.

Calentándonos á la lumbre y jugando á las siete y media para distraernos, pasemos un mes y sacaron los víveres. Estonces nos tiramos sobre el bacalao. ¡Ay, hijucos, y qué sed mus daba! ¡Todo el día comiendo bacalao!

Pero un mes dempués se mus acabó tambien aquel recurso. ¿Cacemos ahora? Estonces el contramaestre propuso que echáramos al as de oros á ver cuál de nosotros había de servir de elimentación á los otros. Tomé yo la baraja y le tocó el as al inglés. El cocinero le cogió como si fuera un cordero, le degolló y mus le comimos. ¡Qué duro estaba! ¡Desde entonces no me gustan los mistekes!

Ocho días dempués volvimos á echar á suertes y le toca á la mujer del inglés. Esta no estaba tan dura como su marido.

Para no cansarvos sus diré que juimos echando á suertes y nos juimos comiendo los unos á los otros, hasta que no quedamos más que el capitán Carena y yo.

Hacía dos días que mus habíamos comido el último trozo de marinero y me dijo el capitán:

—Juanuco, hay que echar suertes entre tú y yo.

Tomé yo, como siempre, la baraja y le salió á él el as de oros.

—¡Qué suerte tuvo usted, tío Juanuco,— dijo uno de nosotros.

—Cá, tontucos, suerte no; trampas. Yo daba siempre, había marcado el as de oros por una punta y se lo largaba al que yo quería.

Volviendo al asunto. El capitán me duró quince días. Pasado este tiempo me quedé sin un tantuco así de comida. Entonces me resolví á salir juera á ver si cazaba algo.

Tomé un cochillo porque no había otra cosa y salí al hielo.

Apenas había andado veinte pasos, vi una foca mu grande que estaba tomando la fresca. Macerqué de puntillas, pero la arrastrada me sintió, dió un colazo y se metió por un gujero. ¿Qué hice yo? ¡Zas! Me colé detrás de ella.

La foca fué bajando y yo detrás hasta que encontramos agua. Allí me hizo frente, abrió la boca y ¡plaf! me tragó tó entero.

—¿De veras, tío Juanuco?— dijimos todos, haciéndonos los asombrados.

—Como lo estais oyendo. Cuando estuwe dentro

del vientre del animal me encontré bien, porque la verdad es que hacia mucho calor. Yo creí que me ajogaría, pero, ¡ná! no me ajogué, y seguí viviendo allí dentro tan guapamente.

Lo menos hacia seis meses que estaba allí comiendo de lo que la foca comía; pero al llegar el verano, vinieron unos pescadores ingleses y mus pescaron vivos á la foca y á mí. Mus metieron en una gran tinaja llena de agua y mus llevaron á Londres. Allí mus vendieron á un francés que quería enseñar la foca por ferias y romerías á cuatro cuartos la entrada.

Desembarquemos en Vigo y dallí mus fuimos á Madrid. Yo siempre dentro del animal.

Para no cansarvos vos diré que recorrimos toa España y nuestro amo recogió muchos cuartos.

Ultimamente lleguemos á Santander y vino mucha gente á ver la foca. Un día oigo yo desde allá dentro la voz de mi padre y de mi madre que habían venido á ver el animal, y no pudiéndome contener grité: ¡Papá! ¡Mamá!

Amigus míos, tós sasombraron ¡Un animal caba! ¡qué dice papá y mamá! Esto se corrió por todo el pueblo y al día siguiente aquello era una procesión.

Nuestro amo, que se llamaba Mr. Piqué, decía encantándose con la foca á quien había bautizado:

—Pipito, dísele papá, dísele mamá:

Y yo desde dentro gritaba: ¡Papá! ¡Mamá!

¡Ganemos más dinero! Pero yo ya tenía ganas de salir de allí y de ver á mi familia.

Un día que la foca estaba durmiendo saque mi cochillo, la abrí la tripa y me salí juera.

Me presenté á mis padres sin decirles nada de cómo había venido del Polo. Al día siguiente monsieur Piqué encontró muerta la foca y tós dijeron que ella se había suicidado á sí misma porque era mu inteligente.

Y aquí tenéis esplicao mi viaje al Polo. Colorín, colorao, este cuento está acabao.

Volvimos con el tío Juanuco á la ciudad, y al separarnos de él todos le djjimos á una:

—¡Tío Juanuco, bolero, más que bolero!

DANIEL ORTIZ

CARTA ABIERTA

Oiga usted, vecinita,
la del tercero,
la que gasta palique
con un torero,
y se pasa las noches
con él á solas
en medio de la calle
de las Manolas,
ambos á dos diciéndose
mil tonterías
y jurándose amores
todos los días,
y echándose miradas
tan incitantes
y otras cosas de suyo
tan alarmantes
que ruborizarían
á un coracero,
de no hallarse en el caso
de su torero:
¿quisiera usted decirme
por qué razones
no tratan más de *ocultis*
tales cuestiones



y así se evitarían
 que los vecinos
 vayan de usted contando
 mil desatinos,
 y hagan epigramitas
 de su torero,
 y de ustedes se burle
 el mundo entero?
 Yo ya he visto que ustedes
 enamorados
 están por estas cosas
 muy descuidados,
 y les importa un mito
 que tales gentes
 digan de ustedes chistes
 inconvenientes,
 y aunque el pelo les tomen
 de noche y día
 ustedes siguen siempre
 con su manía.
 Todo esto he observado,
 pero no obstante,
 tanto á usted, vecinita,
 como á su amante
 les doy á fuer de amigo
 tan buen consejo,
 porque yo en estos lances
 soy perro viejo
 y sé bien lo que pasa
 con esa gente
 que es en cuestión de amores
 intransigente;
 ó asegurarla puedo,
 que sin reparo
 van un día á soltarla
 cualquier descaro.
 Así pues, vecinita,
 la del tercero,
 la que gasta palique
 con un torero,
 y se pasa las noches
 con él á solas
 en medio de la calle
 de las Manolas;
 después de haberla dado
 tales razones,
 espero modifiquen
 sus relaciones
 dejando de hacer esas
 majaderías
 que están haciendo ustedes
 todos los días.
 Pero si lo que intento
 fuese un fracaso
 porque usted de esta carta
 no hiciese caso,
 todo puede arreglarse
 de esta manera:
 Le dice usted á su novio
 la vez primera
 que se vean ustedes,
 que si querría
 cederme á mí su puesto
 siquiera un día;
 y si como es seguro
 dice que «nones»
 matando de este modo
 mis ilusiones,
 en cuanto que le vea,
 sin miramientos
 le va á romper la crisma

Teodoro Ungüentos.

P. D.
 Si se quedase
 como lo espero,
 á causa. . de algún susto
 sin su torero,
 por lo cual de antemano
 me felicito,
 disponga usted cuanto antes
 de

Teodorito.

Por la copia, VALENTÍN MOURO.



BARCELONA

Desde el patio

Paris fin de siglo y *Tormento* son las obras estrenadas durante esta semana en el favorecido y elegante teatro Lírico.

De ambas obras ha dado cuenta á los lectores de LA SAETA, el distinguido crítico madrileño *Tartarin*. Por mi parte, solo añadiré que la primera cuya versión al español ha hecho el Sr. Pina Dominguez, á pesar de las supresiones del traductor, no encaja del todo en la escena española, si bien se aplaude la intención y fina sátira que en ella domina. La ejecución superior por parte de las Sras. Tubau y Badillo y del Sr. Vallés.

La segunda, *Tormento*, original del distinguido redactor de «El Imparcial» D. Federico Urrecha, fué un nuevo triunfo para su autor, y para los artistas que en su interpretación tomaron parte.

También de *La mujer de papá* arr. glo del vaudeville francés *La femme á papá* por el Sr. Pina Dominguez les habló á Vdes. el citado revistero Tartarín. El público que, ahora aplaude á Romea en el Calvo-Vico, recibió muy bien esta otra, celebrando sus situaciones cómicas y riendo sus numerosos chistes.

Mario también nos ha dado su estreno, *La Credencial*, del popular y festivo M. Echegaray, que el público rió y aplaudió espontáneamente. Mario, Guerrero y los demás artistas que la interpretaron fueron también justamente aplaudidos.

NARCISO GAY VIETA.

DESDE MADRID

El calor.—Las tiples.—Los Teatros

Ya tenemos en campaña el calor de todos los años; es decir, el de éste, porque el de los otros ya pasó.

Las familias *pudivientes* y las que, aun no teniendo medios *hacen milagros*.... excursionistas, se preparan para batirse en retirada.

—Mamá—suelen decir las pollitas, en estado de conserva:—¿á dónde vamos este verano?

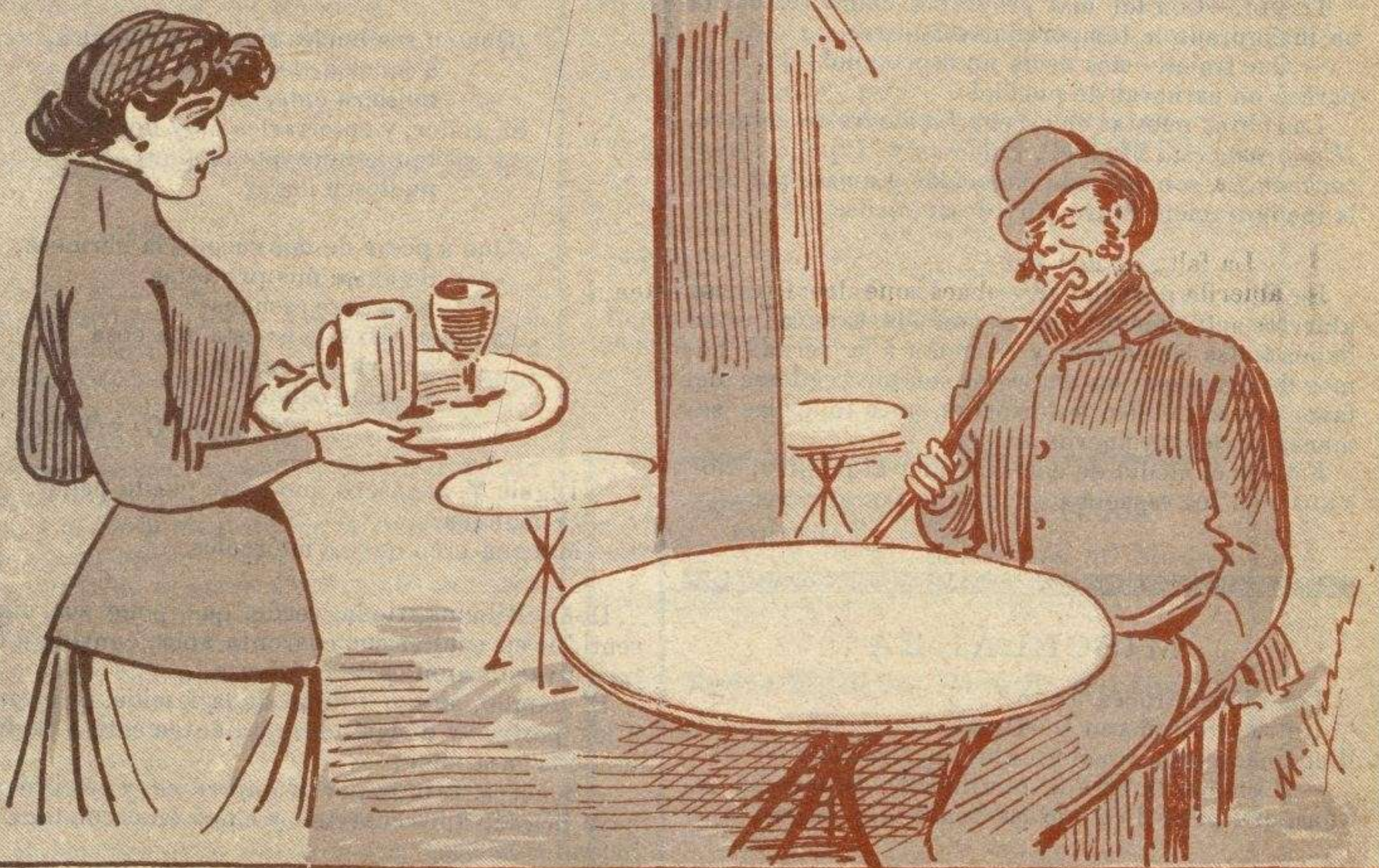
—Para los amigos—contesta la mamá—á San Sebastián; para nosotras, á Pozuelo.



En el despacho de S. E.



En el templo.



En el café.

Los que en años anteriores viajaban por Francia, éste se quedarán en España por temor á los anarquistas franceses, y, gracias á éstos, veremos concurridos nuestros establecimientos termales.

Madrid se agita; Madrid bulle. Por unas partes coches de viajeros, y viajeros sin coche; por otras, modistas y sombrereras cargadas con las cajas de sus respectivas mercancías que, por esta vez, resultan, para papás y maridos... *cajas de Pandora*, refinadas.

**

¡Adios, amables típles!

Las típles que durante algunos años se dedicaron al cante-cómico-flamenco-bailable, nos abandonan para cultivar el cante casero.

Lucía Pastor, se ha casado con el autor de *El Monaguillo*; Luisa Campos, se casa con un joven que aporta al matrimonio algunos milloneros; Carmen Pastor, con un banquero catalán; Leocadia Alba, lo hará en breve con un señor cuyo nombre ignoramos y á éstas seguirán otras.

Las madres que tengan hijas y quieran casarlas bien, ya saben el remedio: nada de rezar á San Antonio: «hacerlas típles»; cosa muy fácil hoy, que los empresarios de teatros donde se cultiva la zarzuela ligera, piensan implantar la «mímica», por falta de típles.

¡Adios, queridas típles! El que os aplaudió unas veces y os fustigó otras, os desea un matrimonio feliz, con una *luna de miel* interminable.

**

Quizás la ausencia de las típles, sea causa de la crisis fatal por que atraviesa el teatro por horas. Nunca le hemos conocido tan decadente; aunque bien mirado, ni el público, ni el arte perderían gran cosa si cerrasen esos teatros, á los cuales llamó *barracas*, el difunto Cañete.

APOLO—Parece un cementerio ambulante. Hay funciones en las cuales los espectadores no llegan á ciento, y solo la última se ve algo más animada.

TIVOLI.—Con tal mal programa como vestuario, ha inaugurado la temporada veraniega.

—¡Qué trajes!—nos decía un espectador—¡Si esto parece un carnaval de pueblo!

Las obras puestas en escena: *La madre del cordero*, *¡Pero cómo está Madrid!*, *Calderón* y *Pepa la frescachona*....., son sobrado conocidas y quizás por esto la inauguración estuvo muy desanimada.

**

La falta de novedad en estos dos teatros—únicos abiertos actualmente—hace que los CIRCOS, estén llenos todas las noches; y en honor á la verdad hemos de decir que las empresas son merecedoras del favor que el público les dispensa, pues todas las semanas presentan nuevos artistas.

Este es el medio de corresponder al público: NOVEDAD en los espectáculos; mucha NOVEDAD.

TARTARIN

MISCELÁNEA

Los niños atroces.

Entra el escribano D. Desiderio en una casa y le dice Joaquinito, precioso niño de seis años.

—¿Conque tú eres el escribano? ¡Enseñame las uñas, que papá dice que las tienes muy largas!

En la Exposición de pinturas.

—¡Qué cuadro tan magnífico es éste!

—¿Y qué representa?

—Pues no lo sé.

Por yo no sé qué caprichos,
Luisa y Juan de amor deshechos,
se han tomado ayer los dichos...
después de tomar los hechos.

D. O.

Otra vez en la Exposición de pinturas.

—¿Y qué le parece á V. mi cuadro?

—Que si no estuviera V. presente diría que es una verdadera inmundicia.

En un Juzgado.

—Es V. reincidente.

—No, señor; soy Blas Palomo.

A ella

¿Que es María una chica preciosa,
que quien la aventaje
no se ha de encontrar?...

Lo comprendo que es ésta una rosa
que ya por sabida
se debe callar.

¿Que en sus labios carnosos y rojos,
anhelo en un beso
mis labios posar?...

Claro está; más me dicen sus ojos
que, en cuanto lo intente,
la *gorda* va á armar.

¿Que me aspirar yo querría su aliento;
y en sus lindos ojos
poderme mirar?...

¡Por gozar de esta dicha un momento,
me entrego al demonio!
(si él quiere aceptar).

¿Que en sus bucles rizados y blondos,
á miles de besos
quisiera enterrar?...

Sí, señor; y enterrarlos muy hondos...
tan hondos que al alma
pudiesen llegar.

¿Que á pesar de mis ruegos, la hermosa,
de amor mis protestas
no quiere escuchar?...

Tambien veo que es esta una cosa
que ya por sabida
se debe callar.

NARCISO GAY VIETA

—Dígale V. al casero que no le puedo pagar.

—¿Y mañana?

—Mañana creo que es miércoles.

Doña Bibiana, viuda verde, que pone sus cinco sentidos en ocultar sus cuarenta años, convida á comer á varios amigos de confianza.

D. Ramon, amigo íntimo de la familia, se levanta á los postres y dirigiéndose galantemente á la dueña de la casa, dice:

—Señores: brindo por la *anfitriona*, y celebro que haya llegado á los cuarenta y cinco años con toda felicidad.

Doña Bibiana tuvo un síncope.

Hemos recibido un tomito titulado *¡El Curioso Parlante!*, colección de artículos y poesías dedicadas á la memoria de D. Ramon Mesonero Romanos, coleccionados por nuestro colaborador, hijo político de tan notable escritor, D. Sebastian Lopez Arrojo.

Colaboran en dicho trabajo Clarin, Doctor Thebussesst m, Sepúlveda, Peral, Casmaño, Rueda, Peña y Goñi, Labra, Frontaura, Mas y Prat y otros conocidos literatos.

Este es su mejor elogio.

Se queja de padecer
dolor de cabeza Irene;
mas no acierto á comprender
cómo le puede doler
una cosa que no tiene.

Picó un escuerzo al pobre Juan Bastida,
Y el picotazo le costó la vida;
En cambio á Luis Godinez, picó un sapo
Y hoy se encuentra robusto, sano y guapo.

Hasta en los picotazos ¡cosa fuerte!
Hay personas que tienen buena suerte.

Un día de calor, un boticario
Envenenó á su suegra en Candelario;
Y una noche de invierno, en Ponferrada,
Un buey le reventó de una patada.

Es Doña Providencia inexorable,
Severa en sus juicios, implacable.

Murió Ruperto, y al morir clamaba
Porque en el mundo á su mujer dejaba.
Más Pedro, que escuchole en la agonía,
—Vete al cielo tranquilo—le decía.

Que la mujer, unida en matrimonio
Es un lugarteniente del demonio.

Casose Luis con la sin par María
Y al año le tocó la lotería:
Y á Dimas, que se unió con la Fulgencia,
A los tres meses vinole una herencia,
De aquí, lector, deduce don Polonio,
Que no hay cosa mejor que el matrimonio.

ESTANISLAO MAESTRE

MARÍA TUBAU

En uno de los primeros números de LA SAETA recordarán nuestros lectores que estampamos el retrato de la eminente artista María Tubau, pero hoy hemos querido dedicarla un nuevo testimonio de nuestra simpatía y entusiasmo, y ocupando las dos planas de en medio de nuestro semanario verán nuestros favorecedores el artístico y acabado retrato que de ella les ofrecemos.

No vamos á hacer la biografía de la eminente artista ni á ponderar sus méritos de sobra conocidos.

María ha recorrido su carrera de triunfo en triunfo desde que pisó las tablas. Su ingénito talento, su estudio constante, su observación y su cariño por el arte han hecho de ella lo que es hoy día, la principal, la única intérprete del teatro moderno.

Acompáñala una figura arrogante, bella y simpática que llena la escena.

Ha recorrido los principales teatros de la América del Sur donde causó un verdadero delirio que se tradujo en aclamaciones, flores, j yas, serenatas y en una fortuna positiva.

María es además elegantísima y sus trajes riquísimos son observados, discutidos y envidiados por la *hélite* de las grandes señoras. La combinación que hace de los colores no puede ser de más buen gusto, y el corte y los adornos son el *non plus*.

En el teatro Lírico tenemos hoy el gusto de admirar y aplaudir á María Tubau en toda la madurez de su genio, y hacemos votos porque todos los veranos venideros tengamos ese mismo placer.

Es lo que con nosotros desea el escogido público de Barcelona.



El de las saetas. Madrid.—Publicaré lo que envía. E articulo era flojillo y creí háberselo dicho. Recibido lo demás y ya hablo de ello. Lo otro que queda irá saliendo. Sabe V. que se le aprecia.

Tartarin. Madrid.—La Crónica llegó tarde. Veré si puedo ponerla en este número. De lo otro irá algo.

E. C. Oviedo.—Tengo mucho de otros. Lo que me envía irá saliendo.

Bruto.—Flojillo el dibujo.

N. S. V.—No se resienta V., porque ya sabe V. ó debe saber que el que escribe para el público no es moneda de cinco duros que ha de dar gusto á todo el mundo. Yo hace treinta años que estoy empapado en esta idea. Siga V. escribiendo, pero dándome autorización para hacer lo que me parezca en cuestión de publicar lo que V. haga. Irá lo que me envía.

F. J. S. Santapoles.—El consejo que le he de dar á usted es éste: no escriba usted nunca versos sin estar bien empapado de las reglas que rigen en la poesía. Empieza usted diciendo:

«Voy á contar un chasco»

Pues bien, ahí falta una sílaba, porque los demás versos de su composición son octosílabos. Compre V. una Retórica y Poética. Su amigo cae en las mismas faltas. Este verso:

«Que nunca me podrán robar»

Lo es octosílabo.

Teodorito Madrid.—Irán.

El asturiano.—Precisamente en el mismo género de usted, que me gusta, me envía trabajos otro colaborador.

I. U. Toledo.—Irá.

P. de R. P. y S.—¡Pero qué memo debe usted ser! ¡Si he conocido la letra de usted y hasta los versos de Lusto-nó! En cuanto á devolverle el original, si usted viene directamente á mi casa...

J. D. R.—No ha llegado á tiempo para este número. En el que viene irá.

Cucufate.—Veré de insertarlo.

Quedan varias cartas por contestar.

Imp. Tallers, 51 y 53.

CORRESPONSAL EN BARCELONA

para la venta de los periódicos de Madrid

La Correspondencia, El Liberal, El Globo,
El Pais y El Correo

Don Pedro Motilba, Rambla del Centro

Kiosco núm. 5.

En dicho kiosco se proporcionarán números atrasados de los periódicos antes citados al que lo desee.

LOS TOREROS



—Ahí está la Matilde. Voy á brindarle un par, aunque el calzonazos de su marido crea que es una ilusión presonal.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo